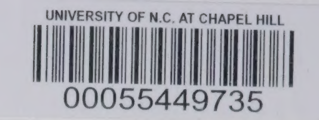
Le Mierre, Antoine-Marin.

Hipermenestra.


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00055449735

TRAGEDIA.

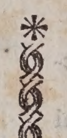
HIPERMENESTRA.

EN CINCO ACTOS.

Lemierre trad. por Pablo de Olavide

ACTORES.

Danao, Rey de Arcos.
Hipermeneſtra, hija de Danao.
Linceo, Amante de Hipermeneſtra.
Egina, Confidente de Hipermeneſtra.



Idas, Confidente de Danao.
Erox, Confidente de Linceo.
Egiſto, Capitan de la guardia de Danao.
Guardias, y Pueblo.

La Scena se figura en Arcos en una sala del Palacio de Danao.

ACTO I.

SCENA I.

Hipermeneſtra, Linceo.

Linc. EN fin, Hipermeneſtra idolatrada,
yá luce el felíz dia, en que Himenéo
vá á coronar en Argos mis ardores;
yo, ſin embargo, receloſo tiemblo:
conturbado mi amor, guſtar no puede
de tranquilo placer, gozo ſereno.
Si yo no debo vueſtra amable mano
ſino al tratado: en fin, ſi vueſtro pecho
no ſuſcribe guſtoſo à nueſtro lazo,
y gime de la dicha à que yo anhelo,
mucha deſgracia turba mi fortuna.

Hip. ¿Qué yo gima, Señor? No: mis deſeos
todos eſtán cumplidos: nueſtros padres
en eſte dia yá ſe reunieron.
El Trono de la paz, que nueſtros males
alejaron de aqui tan largo tiempo,
vuelve à fijarſe en Argos, y ſe erige
ſobre el Altar del plácido Himenéo.
No es el bien de la Patria ſolamente
el que tanto intereſa mis afectos:
muchos motivos me hacen venturoſa;
yo os eſtimo, Señor: mirad ſi puedo
gemir de nueſtro enlace.

Linc. ¿Qué, Señora,
pudierais olvidar mi furor ciego?
¿ſeré yo tan felíz, que à vueſtros ojos
mas lagrimas no cueſte? ¿vueſtro pecho
yá no me imputará tantos eſtragos,
que mi brazo infelíz en eſte pueſto
ſe vió forzado à executar furioſo?
y por fin, ¿puede mi arrepentimiento
hallar diſculpa en tanta tiranía?
¡à qué rapto apacible, y alagueño
me haceis paſar deſde el afán mas duro!
¡ah! ¡ſi eſte miſmo plácido momento,

en que me haceis dichoſo, ſer pudiera
preſagio de un deſtino mas ſereno!
ſi quando lleno del amor mas puro,
os conſagro un tributo fiel, y eterno,
mi corazon osára liſonjearſe,
q̃ un dia... mas, Señora ¿vueſtro aſpecto
el amor de Linco, ſu reſpeto,
habrán podido enternecer vueſtra alma,
ò es que os ofenden mis amantes fuegos?
¿ſe han prometido mucho mis ardientes,
y vivas eſperanzas? ¿mas qué es eſto?
¿No quereis reſponderme?

Hip. Muchas veces
ſuele ocultarſe un amoroſo fuego,
que ſin rubor pudiera...

Linc. ¡Hipermeneſtra!

Hip. Señor, quizá mui prontos mis afectos...
¿Pero no ſois vos miſmo quien de mi alma
habeis ahora arrancado un ſentimiento,
que eſconderos no pudo? Mi ternura
ſe ha declarado: Mi amoroſo incendio,
creyendoſe de vos yá penetrado,
à vueſtros ojos ſe ha moſtrado entero.
Pero no me arrepiento.

Linc. ¡Grandes Dioſes!
¿Qué es lo que llego à oír? ¿A qué contento,
à què placer extatico, y amable
el gozo me tranſporta? ¡Santo Cielo!
para dicha tan grande, apenas baſta
todo mi corazon: ¡amable dueño!
¿es verdad? ¿qué bondad ineſperada
os hace favorable à mis deſeos?
¿yá no ſoi para vos objeto odioſo?

Hip. Linceo, lo habeis ſido en otro tiempo;
y tal vez eſte error, ò nueſtro enlace,
y vueſtro amor en fin, q̃ he deſcubierto,
los eſtimulos ſon, que apreſuraron
la confeſion que os hice de mi afecto.
Perdonadme, Señor: me engañó el odio:
oprimido mi padre por el vueſtro,
y privado del Trono, que debia
partir con él en Memphis, ſalió huyendo;
y viendoſe obligado à buſcar triſte
algun aſilo en eſtrangero ſuelo,
ſu ardiente corazon habia jurado
un odio inexorable, que el exceſo
de los crueles ultrages hizo juſto;
pero ſu enemiſtad no paró en eſto.
Vos viniſteis tambien con vueſtras tropas
à combatirlo en ſus Eſtados nuevos:
vueſtra mano violenta, y ſanguinaria
encender pretendió de un Himenéo
las antorchas fatales, que mi padre
no queria ſufrir. Yo en aquel tiempo
lleno de horror, en vos ſolo veía
à un implacable, y barbaro guerrero,
que el primero de todos ſe arrojaba
à los mas crueles, y feroces hechos:
juzgad, pues, ſi la mano huír debia:
yo, victima infelíz, mas que à ſu lecho,
al carro de ſu triunfo deſtinada:
yo, que iba à ſer de ſu furor el precio;
y yo en fin, que, oprimida de la guerra,
mas temia las paces: vos, ſangriento,
esforzais el aſalto à nueſtros muros,
y pareciendo intrépido, el primero
à penetrar la brecha entrais en Argos
con los hermanos vueſtros: yo, creyendo
vér en vos un tirano, miré un Héroe:
yo ví que vos, virtuoſo, afable, y lleno
de compaſion, mirabais con verguenza
vueſtros miſmos laureles, y que tierno,
odiabais el furor de vueſtras armas.
Con tan nobles, y heroicos ſentimientos
fué preciſo, que mi alma conocieſe
todo el error de ſu primer concepto.
¡Ah! quan feo es el odio: quan culpable
quando ſe abjura; ¡y cómo à vueſtro aſpecto
mi corazon, Señor, menos injuſto,
deteſtaba ſu error!

Linc. Solo eſe bello
piadoſo ſentimiento de vueſtra alma
me hubiera conſolado, ſi perderos
me hubiera hecho el deſtino: mas, Señora,
ahora voi à ſer vueſtro. ¡Santos Cielos!

¿deſ-

¿despues de todas mis horribles furias,
en este dia venturoso obtengo
lo que apenas merecen mis servicios?
¿y quando con castigo el mas severo
me debierais tratar, no solamente
consentis resignada en mi contento,
si que os debo à vos misma, y no al tratado?

Hip. No lo niego, Señor: piadoso el Cielo
me hace querer un nudo, que dispone:
Si: la necesidad, que con el peso
de su mano nos tiene doblegados,
baxo un yugo tenáz de duro azero:
que obliga muchas veces à nuestra alma
à que reciba con desdén, y tédio
un destino, que hubieramos querido,
si ella no lo tuviera yá dispuesto:
esta tirana en fin, sobre mi ahora
solo tiene un poder mui lisonjero.
Ella fija mi dicha, quando intenta
imponerme este enlace, y no me acuerdo
de que Argos fué forzada: Argos sin duda
cedió à su vencedor, y yo à Linceo.
¡pero, ay Dioses! ¡un nudo tan felice
lo ha de ser solo para nuestros pechos?
Yo he visto à mis hermanas, y en su frente
reynando estaban los disgustos negros.
¿Por qué, pues, con los ojos que yo os miro,
ellas no vén à los hermanos vuestros?
Pueda el odio, à lo menos, respetando
vinculos tan sagrados, de Himenéo
no obscurecer las teas: para siempre
dure la paz, y reine este consuelo,
que acaba de nacer.

Linc. ¿Pues quién pudiera
desterrarla de aqui? Ya verán presto
vuestras hermanas en la cruel memoria
de tanto mal, los daños, y los riesgos
del veneno fatál, que el odio vierte.
¡Afecto atróz! ¡horrible sentimiento!
¡pasion, que es tan funesta, y enemiga
del que aborrece, como de su objeto!
¡ah! ¿debiles humanos, que de males
circundados os veis, no estais contentos?
¿quereis tambien al odio abandonaros?
Desterrando las iras, los recelos,
y el odio vengador, la amistad santa,
debiera consolar al Universo;
pero en fin, el tratado, que en la brecha
tan religiosamente havemos hecho,
en los santos Altares vá à firmarse;
y aunque tal vez no sean lisonjeros
para vuestras hermanas estos nudos,
no por eso les son menos estrechos,
y no es creíble... mas Danao viene.

SCENA II.

Danao, Hipermenestra, Linceo, y Guardias.

Dan. Todo, Señor, se queda disponiendo:
los Altares se adornan con presteza:
y los fieros rencores de mi pecho
se acabaron por fin: Argos respira,
y desterrando su pasado miedo,
con impaciencia alvorozada espera
mirar los himenéos, que mui presto
me unen con vos, y mis demás sobrinos.
Vos esos muros os habeis abierto:
ese Templo tambien yo os he cedido;
pero ahora voy à daros otro exemplo,
que es vencerme à mi mismo generoso,
y quizá le debeis tanto à este esfuerzo,
como à vuestro valor, y à la fortuna.

Linc. ¿Señor, podeis dudar, que mi respeto
no corresponda ardiente à los favores
con que os dignais honrarme? ojalá el Cielo
me huviera hecho deber esta ventura
à vuestra voluntad, y no al azero.
Yo os hablo asi en mi nombre, y el de un padre
à quien un odio cruél por largo tiempo
separó de su hermano, y que ahora quiere
vuelva su sangre à unirse en lazo estrecho.

 ¡Ay,

¡Ay, Señor! que ſe acaben los diſguſtos;
que deſde hoi pueda vér el mundo entero
al Inaco, y al Nilo correr puros.
Vos habeis viſto como yo no tengo
deſconfianza alguna: que mis tropas
he deſpedido yá, ſin que ſu efecto
el tratado tuvieſe todavia:
yo he ſalido por vos de aquel ſendero,
que ſiguen comunmente los Monarcas.
Me pareció, Señor, que eſtos recelos
deben ſer vergonzoſos entre Reyes,
porque quando el honor hace el concierto,
con la palabra baſta; y he creído,
que ſi la buena fé del Univerſo
ſe deſterrára, toca à los Monarcas
darle un aſilo dentro de ſus pechos.

Dan. No huvieran ſido juſtos los temores:
la deſconfianza es hija del deſprecio:
el odio ſolamente tuvo parte
en nueſtras diſenſiones; y eſte menos
ſuele irritar, que ofenden las ſoſpechas.
Egypto vuelve al Nilo ſatisfecho,
y ſin mas enemigos, que vecinos
de ſu poder celoſos, cuyo esfuerzo
vá à prevenir, ò reſiſtir ſu brio.
Vos habeis viſto con que amante afecto
le dí mis fieles ultimos abrazos.
Teſtigo ſoys, Señor, de que Sincero,
no oſando detenerle en eſte Sitio,
me deſpedí como un hermano tierno;
y vos ſabeis tambien, que votos hice
por ſu viage, y ſus proſperos ſuceſos.

Linc. El tambien os dexó todos ſus hijos.

Dan. Eſto ha ſido cumplir con mis deſeos,
y eſto prueva tambien, que en nueſtras almas
los antiguos diſguſtos ſe extinguieron.
Mi querido Linceo, que renazca
otra vez la amiſtad en nueſtros pechos.

Linc. ¡Ay, Señor! Si una union tan apacible
quereis vér renacer, ved en Linceo,
de Hipermeneſtra al fiel, y tierno Eſpoſo.
No ſolo de un amable parenteſco
nos une el eslabon: no ſolamente
de ſer vueſtro hijo la eſperanza tengo,
ſino q̃ ardiente à Hipermeneſtra adoró.
Juzgad, Señor, del júbilo, y contento,
que inſpirar debe en tan amable dia
à un amante, que lleno eſtá de fuego,
un himenéo ſanto por sí miſmo,
y à quien hace mas ſanto el amor tierno.
Si: yo juro à los Dioſes, y à la llama,
que el corazon me ocupa, q̃ mi afecto
la huviera preferido à todo el mundo.
Vos os dignais, Señor, el lazo eterno
atar con vueſtra mano: ¡ah! mas dichoſo
ſoi yo de ſerlo con el guſto vueſtro:
¡Dioſes! ¡qué encanto para mi llamaros
con el nombre de padre! ¡qué contento
querer à quien ſe debe reverencia!
¡Ay, Señor! eſperad de mi reſpeto
quanto pide un afecto agradecido.
Yá no podeis odiarme, ni yo creo
que deſconfieis de mí, pues coronando
mi ardiente llama con mi dulce Dueño,
vueſtro eſclavo me haceis; y en tanta dicha
yo parecer el obligado debo,
y vos, Señor, el ſolo generoſo.

SCENA III.

Danao, Hipermeneſtra, Linceo, Idas, y Guardias.

Dan. Y bien, Idas?

Idas. Señor, yá el ſacro fuego
arde en el Templo, y la brillante pompa,
que reſplandece en él, es para el Pueblo
un objeto de gozo, y alegria.
Se eſpera eſte eſpectaculo ſobervio
de tantos hijos Reales, deſtinados
à vueſtras Reales hijas, que ván luego
dos eſtados à unir, y dos familias.

Dan. Id, pues, voſotros dos: ſed los primeros,
que lleneis tan felices eſperanzas:
apreſuraos à llegar, haciendo,

que los demás os sigan : yá advertidos
están los Grandes : ocupad los puestos,
que ya iré yo siguiendo vuestros pasos.

SCENA IV.

Danao, y Idas.

Dan. Idas, quedate aqui. Todo lo espero
de tí, querido amigo : ahora es forzoso
que sirvas à tu Rey.
Idas. Mi ardiente zelo
os debe ser, Señor, mui conocido.
Dan. Yá viste que de aqui salió Linceo;
¿pero sabes qué suerte les preparo
à él, y sus hermanos?
Idas Mi respeto
solo sabe que al Templo se encaminan.
Dan. Si ; mas ván à la muerte desde el
Templo.
Idas ¡Qué, Señor!... esta union... este tratado...
esta paz?..
Dan. Esta paz, acá en mi pecho
es una tregua, pero mui terrible.
Yo quiero ensangrentarla, y que sus
fuegos
excedan los furores de la guerra.
Tú conoces à Egypto, y su odio eterno.
Tú observaste del Nilo en las orillas
sus pérfidas astucias, y manejos.
Al Pueblo engañar supo. ¡Vergonzosa
infelice memoria! Aquel sobervio
me arrojó del Epypto, y de su Sólio :
yo corrì ácia el Inaco, y mi ardimiento,
ganando aquèl País, se erigió un Trono,
en que reynó, sin encontrar sosiego,
mi pecho enfurecido, viendo siempre
à un pérfido, à un tyrano, y discurriendo
el modo de arruynarlo. Ahora él mismo
à mi venganza ofrece el mejor medio.
Sentado el insolente en el augusto
Trono de Memfis, tiene atrevimiento
de ofrecerme por yernos à sus hijos.
Yo desprecio la paz, y casamientos :
su orgullo se enfurece, y à sus hijos
su inexorable rabia tiene aliento
de pedir mi cabeza, ò estas bodas.
El los arma, les insta, y aun con ellos
corre tambien él mismo ; y entretanto
que reynan los horrores, y el asedio
por fuera de estos muros, que rabioso
ataca con ardor, fomenta diestro
en el seno traydor de la infiel Argos
de las facciones el feróz incendio.
El es Idas, mi barbaro enemigo :
lo es desde la ninéz ; y en aquel tiempo
yá parece que yo lo adivinaba.
El me ha hecho sufrir un cruél destierro:
el me vino à sitiar : yo le he cedido :
prometí conformarme à sus intentos ;
mas todo fué para mejor vengarme :
para saciar mejor mi rencor fiero.
Yá de Argos se ausentó : yo soy quien
ahora
le ha suscitado el enemigo nuevo,
cuya pronta invasion recela tanto.
Asi alejarlo conseguí sin riesgo.
Pero, Idas, yo lo alejo con designio
de herirle mas : de mantener cubierto
mi furor vengativo, y à mi gusto
destrozar en sus hijos al perverso.
Solo negras, y fúnebres antorchas
ha de tener para ellos Himenéo ;
y esta funesta noche, en que se casan,
les servirán de túmulo sus lechos;
Idas. ¡Qué escucho, Santo Dios! mi celo
tiembla
por ellos, y por vos à un mismo tiempo.
¿Pues qué, Señor? Pudierais sin peligro...
Dan. Oye, y te asombrarás. Bien considero,
que no puedo mandar darles la muerte.
La fuerza abierta tiene muchos riesgos;
y si quiero valerme de asesinos,
siendo precisos muchos, el secreto
no estuviera entre tantos muy seguro.

Las flechas, que ahora diſpararles quiero,
caerian ſobre mí; pero, Idas mio,
para aſeſtarles golpes mas certeros,
para herir ſin temor, yá halló mi ſaña
mas prontas tramas, mas ſeguros medios.
Yo armo en ſecreto contra ſus Eſpoſos
à ſus miſmas mugeres. ¡Qué contento,
Idas mio! ¡Qué triunfo tan guſtoſo!
¡qué alegria es deſtruirlos, deshacerlos
por medio de las manos, que ellos miſmos
forzaron à unos nudos tan violentos!
¡Qué agradable placer! ¡qué regocijo
he de tener en caſtigar ſangriento
ſu inſolente oſadía, deſplomando
ſobre ellos los Altares de Himenéo!
aſi me vengaré del cruél Egypto;
y ſi de un Rey no es eſte digno medio,
lo es de un hermano, que ſe vé ultrajado.

Idas. Pero, Señor, ſi acaſo à vueſtro intento
rebeldes vueſtras hijas deſconciertan...

Dan. Yá de todas eſtoy muy ſatisfecho,
menos de Hipermeneſtra: juran todas
abrazar mi venganza, y con leal celo
me han prometido ſu oficioſa mano.
Eſtas bodas miraron deſde luego
con grande repugnancia: aſi con guſto
ſervirán à mi furia, y ſu deſeo.
Pero voy à explicarte otro deſignio,
en que me has de ſervir. Su mucho tédio
no es fiador tan ſeguro, que en él pueda
confiarſe mi furor. Los nombres tiernos
de Himenéo, y de Eſpoſo, bien pudieran,
haciendo infiel traícion à mis proyectos,
al deſcargar el golpe helar ſu mano
pero yo les he dicho: „ Un alto excelſo
„ oraculo infalible de los Dioſes,
„ por la mano de uno de ſus yernos,
„ à perecer condena à vueſtro padre.
„ De la muerte, que tanto eſtá temiendo
„ ſolo ſalvarle puede vueſtra mano;
„ y quien la vida os dió, por vueſtro medio
„ debe obtener la ſuya. En eſte caſo,
„ eſcoged, entre un padre amante, y tierno,
„ y un marido de un dia, que ſin duda
„ odioſo os debe ſer." Yo pinté luego
eſtos golpes crueles mas precioſos.
Fingi vér con horror ſu hado funeſto,
y el mio, que à tal acto me forzaba.
De mis victimas miſmas lloré tierno
los miſeros deſtinos, y les dixe:
„ Yo no puedo vivir, ſi viven ellos."
En ſus ſemblantes caſi deſmayados,
del furor brilló entonces todo el fuego;
y yo con prontitud reparto à todas
puñales vengadores, que yá ha tiempo
afilaron mis iras, y venganzas.
Sus tiernos corazones, ya ſerenos,
lejos de conturbarlos todavia
aquel fuerte, y voráz remordimiento,
ſe figuravan eſte aſeſinato,
como acto de virtud mui verdadero.
Pero, Idas, porque logre mis deſignios,
ſin temor de quedar expueſto al rieſgo,
es neceſario que mi aſtucia logre,
mas que à mis hijas, engañar al Pueblo.
Mueſtra aqui tu lealtad. Un Sacerdote,
que ſirve à mis idéas en ſecreto,
à mi ruego, y ofertas ha vendido
ſu voz, ſu honor, y haſta ſus Dioſes meſmos.
Pienſa tú en ayudarle, y que mañana
ſe diga en Argos, que ſu Rey Supremo
ſe ha vengado por fin; pero que juſto
lo autorizó con ſu decreto el Cielo.
Harto rubor me cueſta el exponerme
à los ojos de todo el Univerſo,
como un Principe uncido al yugo indigno
de la ſuperſticion; mas mi deſpecho
ſacrifica al rencor, que me conſume,
haſta el orgullo de moſtrar mi pecho
menos crédulo, y vil à todo el mundo.
Para cegar, y ſubyugar al Pueblo,

muchas veces, amigo, es necesario,
sin ser como él tan débil, parecerlo.

Idas. Vos conoceis mi fé; pero quien sabe
si Hipermenestra...

Dan. Dexa ese recelo.
Hipermenestra me será obediente.
Como está todavia en años tiernos,
tímida, y vergonzosa, no se atreve
à mostrar su aversion al Himenéo,
y somete su frente resignada
à un yugo, que preciso está creyendo.
Pero el grande respeto que me tiene,
y de mis otras hijas el exemplo,
harán, que tambien sirva à mis furores.
Yo venia à buscarla; mas Linceo
la hablaba en sus amores; y ella muda,
ni despreció, ni agradeció su afecto.
Pero si me engañára, si mi hija
serme desleal osára, yo no temo
que este unico enemigo se pudiese
libertar de mi saña, y hai mil medios
que me asegurarian de su muerte.
Vamos: vamos al Templo, que ya ha tiempo
que esperandome están. De aqui à una hora
debe mi hija venir ácia este puesto,
donde la quiero hablar. Está avisado.
Haz con arte alejar de aqui à Linceo;
y en fin, Idas, silencio, porque partan
el relampago, y rayo à un mismo tiempo.

ACTO II.

SCENA I.

Hipermenestra, Egina.

Egin. ¡Ai! Perdonad, Señora, la terrible
turbacion en que estoi. Abandonando
el Altar, ¿donde vais?

Hip. Mi Padre, Egina,
que aqui venga à esperar le me ha mandado.
¿Qué puedes recelar de sus discursos?

Egin. Todo me dá terror, y sobresalto;
y mi alma ignora, si por vuestras bodas
es razon que le dé gracias al hado.
Mi corazon, à mi pesar concibe
no sé qué tristes funebres presagios.
¿Vos no sentis tambien algun anuncio?
Apenas en los toros inmolados
el golpe ha dado la cuchilla sacra,
quando la sangre, que iba ya brotando,
helada se quedó en sus mismos senos.
Los consultados pajaros sembraron
con un tremulo vuelo los terrores.
El aire obscurecido se ha mostrado
con espantosas, y sangrientas nubes.
Por tres distintas veces se apagaron
del Altar magestuoso las antorchas.
Arden la llama, y el incienso sacro;
pero parece que el activo fuego
lo consumia, como disgustado:
y parece tambien, que hasta los vientos,
de acuerdo con la llama, separaron
de los Altares el odioso incienso.
Tambien ha habido algunos, que han notado
al Dios del Himenéo, que salia
con la frente cubierta, huyendo de Argos;
y que Juno tambien en una nube
nuestros muros dexó desamparados,
haciendo vér, que se tramaba en ellos
algun cruél horrible asesinato.

Hip. Anda, querida Egina, nada temo,
nada à mi corazon le causa espanto:
credulo el vulgo se figura objetos,
de que concibe mil terrores vanos.
Lo demás se ha ofrecido à nuestra vista,
con tan inciertos, y dudosos rasgos,
que ni turbarme, ni entibiarme deben.
A decir la verdad, estos presagios
los observé mui poco. Yo iba, Egina,
à unirme con mi amante en tierno lazo,
y mi amor lo creyó todo propicio;
pero quando otro nudo menos grato,
y que embargára menos mis potencias

me

me llevára al Altar, yo, ſin eſpanto,
ni miedo, hubiera viſto eſos objetos,
que el Pueblo erige crédulo en preſagios.
El acaſo à mis ojos jamás debe
por prodigio paſar. Nunca he penſado
que pueda interrumpirſe por noſotros
la inmutable conſtancia de los hados.
A los Dioſes tampoco hago la injuria
de penſar, que en tan futiles acaſos
deſcubren del deſtino los ſecretos;
ni que uſando de medios tan errados,
la verdad abandonen al preſtigio,
y la tierra al error. Yo he obſervado
de mi Padre en el roſtro, amada Egina,
la fé, y la paz. Tus ojos ſe engañaron
en el faláz examen, con que eſtudia
à la Victima Sacra el ſobreſalto.
La verdad, ò ſe oculta, ò ſe preſenta
en los roſtros de todos los humanos;
y eſta luz ſolamente en los afectos
de eſperanza, y temor puede guiarnos.

Egin. Quiera el Cielo, que todos mis temores
ſean ſolo iluſion.

Hip. Mas tú al contrario,
ſolo debes penſar en la indecible
fortuna de mi amor. ¿No has obſervado
qual es de las Princeſas el deſtino?
Nacemos en un Cielo, que dexamos
para reynar en otro. A cada inſtante
nos hacen adoptar afectos varios.
Parece que el amor, y la fortuna
de noſotras ſe ván ſiempre alexando.
Eſclavas deſtinadas ſolamente
à la cauſa comun, con aparato
ſobre un Trono eſtrangero deſterradas,
ſi algunas veces ſomos dulce lazo,
que la paz de los Reynos eſtablece,
eſte infeliz honor pagamos caro;
porque quando ſe funda en nueſtras bodas
el bien univerſal de los humanos,
el repoſo que damos, lo perdemos.
Pero, Egina, el deſtino me ha tratado
con modo mas propicio, y venturoſo;
y eſta razon de eſtado, que en mil caſos
ſuele ſernos fatal, es la que ahora
me pone de mi amante entre los brazos.
La paz entre mi Padre, y entre Egypto
es forzada: lo sé; por eſo he eſtado
con terrible temor haſta el inſtante
que vió el Altar nueſtros eſtrechos lazos.
Pero eſtando concluído el Himenéo,
no me queda temor, ni ſobreſalto.
Ahora ſerá la paz entre noſotros
muy permanente, y firme. En otros caſos
ſuele fundarſe en coſas muy inciertas,
y la fuerza ſe elude de un tratado,
mudando la politica, y ſus leyes;
mas nunca muda el Himenéo ſanto:
es firme, es permanente, y aſi debe
dár à las paces ſu caracter ſacro.
Aun quando el odio ardiente de mi padre
mas ſe obſtinaſe con furor tyrano,
habiendo permitido nueſtras bodas,
eſtá él miſmo à la paz encadenado.
No, Egina, en eſte dia nada puede
alterar un placer tan puro, y grato.
Mi dicha es cierta, y ya ſoy venturoſa.
Pero alguien viene aqui: ſerá Danao.

Egin. Si, Señora, el Rey es.

Hip. Pues vete luego.

SCENA II.

Danao, Hipermeneſtra.

Hip. Señor, aqui os eſpero, y mi conato
eſtaba ya impaciente por ſerviros.
Vos ſabeis que mi amor muy reſignado
es obediente, y fiel à vueſtres leyes.

Dan. Eſa miſma obediencia es la que aguardo.
Eſa fidelidad es la que ahora
en tí buſco.

Hip. Mi Padre, y Soberano

pue-

puede mandar à su hija quanto quiera.
Yo agradezco à los Cielos, que premiando
mi ferviente intencion, al fin las paces
entre vos, y entre Egypto hayan formado.
Mas no temais, Señor, que à Hipermenestra
la haga olvidar jamás el nuevo lazo
de lo que debe à vos, y à su familia:
Vos siempre la vereis humilde, tanto
como à su mismo Esposo, y...

Dan. Yá te acuerdas
que en este mismo sitio donde estamos
todo cedia à sus furiosos golpes,
quando por detener su feróz brazo
me fué fuerza ofrecerle tu Himenéo.
Linceo es tu marido, y sus hermanos
vencedores, por via de conquista
à tus demás hermanas han ganado.
¿Piensas tú, que unas paces, que un ajuste,
que de violencia nacen, sean alto
irrevocable apoyo de una alianza?
Mi rabia lo afirmó, porque ví alzado
el puñal contra mí, pero, hija mia,
la guerra dura, pues el odio guardo.
Yo pudiera, no obstante, mis injurias
facilmente olvidar: cediera acaso
sin murmurar de mi cruél destino;
pero quando tu Padre desgraciado
debiera creer, que todos sus ultrajes
parasen en tan miseros quebrantos,
ahora se halla con crueles enemigos,
con parricidas fieros, y tyranos,
que maquinando están contra su vida.

Hip. ¿Y quienes son, Señor, esos malvados?

Dan. Mis yernos.

Hip. ¡Santo Dios!

Dan. Piadoso el Cielo
à mi ciega confianza ha iluminado,
para evitar mi muerte con la suya.

Hip. ¡O Cielo! ¡O Santo Cielo!

Dan. ¿Estás temblando?

Hip. ¡Qué es lo que oyes, muger desventurada!

Dan. Veo que te horroríza un atentado
tan cruel como injusto, y cada acento
va tu horror por instantes aumentando.
Sin duda, que à la fiel naturaleza
oye tu corazon, y que te ha hablado
por un amante Padre: sí, bien veo
que te aflige un peligro tan cercano,
mucho mas que à mi mismo: yo he previsto
tu turbacion, tu amor, y sobresalto,
y veo en ti de una hija los afectos.
Ahora, pues, es el tiempo: hija, vamos:
vén, y salva la vida de tu Padre,
pues al valor recurro de tu mano.
Yá puedes figurarte, yá adivinas,
que victima te pide mi cuydado:
toma, pues, hija mia, toma osada
este puñal, y con resuelto brazo
sacrifica à Linceo à mis furores.

Hip. ¡O traícion! ¡ò delito no escuchado!

Dan. Template, Hipermenestra: ya el delito
he logrado impedir, que embarazarlo
sabrá tu leal afecto: tus hermanas
prontas están tambien à igual mandato,
y se han armado ya para vengarme:
espero el mismo oficio de tu brazo.

Hip. ¡Qué! ¿Mis hermanas? ¡Qué! su brazo puede..

Dan. Ahora salen del Templo à executarlo:
ve tu tambien, Hipermenestra, y dáles,
ò recibe el exemplo, que el malvado
Linceo espire en esta misma noche.
¿Mas tu apartas los ojos?

Hip. ¡Cielo Santo,
qué horror me dá el oírlo!

Dan. ¿No respondes?
¿Acaso mi esperanza se ha engañado?

Hip. ¿Sois vos el que me hablais?

Dan. ¿Y eres tu misma
la que vacila así?

Hip. ¡Dioses sagrados!
¡contra un esposo dirigir los golpes!

Dan. ¿Y te atreves à dár nombre tan santo
à quien es mi enemigo?
Hip. ¿Y yo pudiera
juzgar que sirvo à un Padre, levantando
una mano cruél, y sanguinaria
contra un Esposo tierno, y engañado?
¿Pudiera armarme la naturaleza
contra el santo Himenéo? ¡crueles hados!
à un tiempo de los dos fuera el oprobrio.
Dan. ¡Perfida! ¿sin rubor, y sin recato
te niegas à vengarme, y ya de acuerdo
con los impios te pones à su lado?
Hip. ¡Ay, Señor! dád piadoso à mi respeto
ordenes mas benignos, mas humanos,
leyes que mi virtud aprobar pueda.
Padre mio, dexad un temor vano:
pensad à quien quereis que vuestra hija
sacrifique inhumana: pensad quanto
debe olvidar de leyes, y virtudes:
quantos debe romper vinculos blandos:
quantos debe violar derechos sumos,
promesas dulces, juramentos santos.
No, no, mis ojos no han de ser testigos
de tan fiera traícion, y asesinato.
¡Qué! ¡admitir sin piedad à tantos yernos,
para victímas tristes, y engañarlos,
para mejor asegurar su muerte!...
no: vos mismo, Señor, en este caso
no sabeis lo que haceis: os ciega ahora
vuestra pasion: ¿pues qué, por mas ayrado
que vuestro pecho esté, pudierais verme,
sin palpitar de horror, sin erizaros,
sacar del seno de mi yerto Esposo,
con barbaro furor encarnizado,
chorreando sangre, y con el brazo inmundo,
esta mano cruel? ¿la misma mano,
que ahora poco delante de los Dioses
le entreguè con los votos mas sagrados?
¿Qué consuelo esperais? ¿qué dulce calma
de tan terrible, y barbaro atendado?
¿podreis sufrir la imagen espantosa
de su muerte infeliz sin sobresalto?
¿por heroico que sea vuestro aliento,
soportará con animo esforzado
mi feróz rabia, mis discursos crueles,
mis lagrimas, mis gritos, mi quebranto,
vuestros remordimientos, y los mios,
los viles epitetos, y dictados,
que aplicaria à vuestro odioso nombre
el Universo en lagrimas bañado?
Es serviros, Señor, no tener ahora
obediencia tan ciega à ese mandato:
mis hermanas no os aman, si lo cumplen:
Padre mio, escusadles tan amargo
necesario dolor; y mas sensible
de vuestra hija à la piedad, y al llanto,
apartad esos golpes de Linceo:
apartadlos tambien de sus hermanos:
dejad un cruel designio, que à vos mismo
debe ser muy fatal: Padre adorado,
en nombre de los Dioses...
Dan. Son los Dioses
los que me han dado el orden soberano
de derramar la sangre de los impios.
Habló por ellos su Ministro sacro,
y no es tu padre el que te habla ahora:
la voz del Cielo escuchas por sus labios,
que te inspira, y te dicta sus preceptos.
¿Quieres poner obstaculo à sus altos
decretos inmutables: ò deseas
ver mi muerte à tus ojos? ¿Tu conato
es que se cumpla el triste vaticinio,
ò pretende por fin tu amor insano
mirar por un marido de un instante
el pecho de tu padre destrozado?
Hip. No me opongais, Señor, esos peligros
que ha dictado un Oraculo muy falso.

Si un verdadero riesgo amenazára
vuestra preciosa vida, al Cielo hago
testigo de que luego à su socorro
mi Padre me veria ir volando,
que à través de mil muertes le librára,
y muy feliz, si por ponerlo en salvo
lográra derramar toda mi sangre.
¿Mas, Señor, dónde está peligro tanto?
¿Qual es vuestro temor? ¿Porque un maligno
Sacerdote impostor dicta malvado
oraculos que forja, vos, sumiso
temblais su anuncio sin examinarlo?
¿esa divina inspiracion que finge:
ese rostro feróz, y encarnizado:
ese furor divino: esos cabellos
erizados de horror, que él llama santo:
esas ojeadas fieras, y espantosas:
esos sones de voz no articulados,
podeis vos respetar solo un momento,
siendo los aparatos de su engaño?
¿Visteis que la verdad en él habite?
¿El impostor qué dixo? ,, que Danao
,, ha de morir por mano de sus yernos;
¿y de donde lo sabe? ¿Al temerario
quien le ha dado hasta aqui el horrible derecho
de hacer à uno infeliz, y à otro culpado?
La virtud de Linceo firme, y pura,
es, Señor, la que debe aseguraros:
su corazon es grande, y sus virtudes
no dependen del tiempo, ni los hados.
¿Qual fuera nuestro misero destino,
si vosotros ¡ò Dioses Sacrosantos!
nos pudierais forzar à ser culpables?
¿Si la virtud de todos los humanos
fuera un dón vacilante, qué à su gusto
darnos pudiera el Cielo, ò arrancarnos?
Si la suerte, por fin, de los mortales,
à quienes ella siempre está animando,
fuera hacer las virtudes mas sublimes,
temblando en el temor de ser malvados.

Dan. ¡Con qué lastima escucho los errores
à que tu corazon se está arrojando!
Tú me juzgas perdido, Hipermenestra,
y eres la que te pierdes sin reparo.
Tus discursos me irritan, y desprecian
de los Dioses el organo sagrado.
Tú no quisieras creer el santo aviso
que me han dado los Cielos; ¿pero acaso
piensas aniquilarle con no creerle?
¿No has visto muchas veces, no has notado,
que la muerte, y desgracias verifican
del oraculo avisos despreciados?

Hip. ¡Ay, Señor! no hay oraculo en el mundo
que pueda con razon creerse mas falso,
que el que quiere infamar à un alma noble;
y si cumplir tal vez se han reparado
oraculos siniestros, è infelices,
consiste en que la imagen de los daños,
el ferviente deseo de impedirlos,
la turbacion, el miedo, y el espanto,
con el aviso hicieron el suceso.
No lo dudeis: los débiles humanos,
siempre curiosos, vacilantes siempre,
son los que à estos oraculos forjados,
todo el credito dán: es la flaqueza
la que consulta, y cumple el sobresalto;
pero ya es esto detenernos mucho.
Que parezca à mi vista ese falsario,
esa lengua vendida à la mentira,
que sobre vos intrepido, tomando
tan funesto ascendiente, astuto quiere
poderos persuadir, que os sirve grato,
quando infiel, y traydor os intimída.
Ese vil impostor, que está intentando
que el odio destructor ahora renazca
de su ceniza fria: que inhumano,
è irritado tal vez contra los yernos,
pretende por el suegro exterminarlos:
que por tan cruel os tiene, que pretende
buscar por instrumento vuestra mano.
Ese traydor, en fin, que à otros supone
los delitos, y él solo es el malvado:
que venga, que parezca: yo prometo

moſtrar à vueſtra viſta ſus engaños.
Temed, Señor, temed: mas temed ſolo
creer à un impio Miniſtro; y obſtinado
un deſignio ſeguir, que vueſtra gloria
manchará aun en los ſiglos mas lejanos,
y armará contra vos à todo el mundo,
à los hombres, y Dioſes irritados.

Dan. Ya es eſto demaſiado, Hipermeneſtra,
y mi bondad ſe canſa: bien reparo
que es tu amor quien te inſpira eſa oſadía;
eſe indecente amor, amor villano,
que te hace à un tiempo cruél, deſconocida,
y rebelde à mis ordenes ſagrados;
mas tu conducta reglará la mia.
Yá ſe te hace aqui tarde: eſtás deſeando
que tu padre ſe vaya, para pronta
ír à ſalvar à ſu enemigo odiado;
pero voy à mandar, que vigilantes
no ſe aparten un punto de tus paſos.
Yo miſmo he de obſervarte: de Linceo
ſe lo que he de ordenar: tiembla entre tanto:
tiembla por él, por tí, por tus amores.
Eſos amores viles, è inſenſatos,
témelos tanto mas, quanto ſin fruto
mi ſecreto feróz te he declarado.
Eſcucha: todavia te conſervo
un reſto de piedad, porque te amo.
Aunque à Linceo miras como libre,
no creas que lo eſtá: ya eſtá en mi mano:
ya lo puedes mirar como perdido,
y no tienes arbitrio de ſalvarlo.
Tú me vás à irritar ſin ningun fruto,
pudiendo reparar tu deſacato,
y evitar mi furor: mira, reſuelve,
yo te dexo penſar.

SCENA III.

Hipermeneſtra ſola.

Hip. ¡Cielo inhumano,
de que funeſto horror ſe cubre mi alma!
me amenaza un abyſmo à cada paſo.
¡Qué deſtino tan barbaro, y horrible!
¿Qué error tan pertináz, tan obſtinado
le dá ira tan atróz, y tantas furias?
¡Padre cruél! llegó por fin el caſo
de que tu hija te tema, te condene,
te reſiſta, y no cumpla tus mandatos.
¡Deſdichada de mi! ſobre mi agotan
todas ſus iras los crüeles hados.
A un Padre irrito, y à un Eſpoſo pierdo.
Pero no, el vivirá: ¡dolor tyrano!
¡furias horribles, furias vengadoras!
¿à quien podré confiar, Dioſes ſagrados,
mi dolor, y ſu vida? ¿qué ſocorro
puedo eſperar en lance tan amargo?
¿à quien podré acudir entre los golpes
que vá à dár el furor? ¿pero qué hago?
¿yo delibero tibia, quando inſtante
no tengo que perder; quando ſalvarlo
à todo trance debo? Ay, fiel Linceo,
amante tierno, Eſpoſo idolatrado,
conſpiran contra tí, quieren tu muerte;
ſi tardo mas, ſoy yo la que te mato.

ACTO III.

SCENA I.

El Teatro eſtá de noche, y ſale Linceo.

Linc. ¡Qué! del pie del Altar... ¿Qual es la cauſa
de tan eſtraña fuga? ¿juſtos Cielos,
que preſagio tan barbaro, y horrible
me turba el corazon? ¿quando aqui vengo
à buſcarla, no la hallo? ¿yo pregunto:
titubean, y guardan cruél ſilencio?
¿qué puede ſer? Erox me habia dicho
que Hipermeneſtra vino ácia eſte pueſto
al ſalir del Altar: que el Rey le hablaba.
¿Qué

¿Qué discursos son estos? ¿qué misterios?
¿me la quieren quitar? ¡Dioses! ¡qué ira!
¿quitarmela? ¡ah, Rey barbaro! Primero
que me la quiten, que Danao muera:
que caygan estos execrables techos,
donde se rompen los tratados santos,
y donde insidian mis amantes fuegos.
¡Mas qué! ¿será posible que Danao
me haga tan vil traícion? No, no lo creo.
No es él capáz de trama tan horrible.
¡Union sagrada! ¡santos juramentos!
¡votos puros! ¿seriais vos ociosos?
Pero no puede ser: salid del pecho,
vergonzosas sospechas: no es posible:
yo me abandono mucho à unos recelos
que la razon me turban: ¿Mas quién viene?
¿quién se acerca ácia aqui?

SCENA II.

Linceo, y Erox.

Erox. ¡Piadosos Cielos!
¡qué funesto dolor!
Linc. ¿Qué es lo que escucho?
¿pues què hay?
Erox. Señor, el caso mas horrendo:
acaban de espirar vuestros hermanos.
Linc. ¿Mis hermanos, Erox? ¡Dioses eternos!
Erox. Si, Señor: vuestros miseros hermanos
han muerto ya por orden de su suegro,
y por la mano atróz de sus mugeres.
Linc. ¡Qué escucho, Santo Dios! ¡què horror tan fiero!
Erox. El lecho de Himenéo ha sido ahora
Altar de un sacrificio tan funesto.
Al rumor que se esparce de su muerte
corro temblando; ¡pero, ò Dios! yo veo
que ya nadaban en su sangre todos.
El uno arroja un grito de despecho:
un suspiro doliente exala el otro:
este se quiere alzar, y sin aliento
vuelve à caer otra vez, y triste espira:
aquel se muestra ya palido, y yerto:
cadaver frio el otro, todavia
tiene el puñal en el sangriento seno.
Uno solo escapado de la fiera
horrible mortandad, daba con miedo
trémulos pasos por salvar su vida.
Yo apresurado à su socorro vuelo;
mas su muger lo vé: corre furiosa:
se me adelanta, y le traspasa el pecho.
El infelice cae: reconoce
à su Esposa homicida: llora tierno,
y à la pérfida sigue con los ojos
ya casi moribundos. Todas luego
corren ácia su Padre: lo rodean,
y humean todavia los aceros
en sus manos inmundas. El Tirano
las abraza, y aplaude sus excesos;
pero impaciente de contar él mismo
sus victimas, à verlas vá contento,
y encarnizados sus feroces ojos
con risa atróz se facian placenteros
en aquel espectaculo execrable
de tantos yertos, y sangrientos cuerpos.
Se dice, que un Oraculo ha servido
al furor sanguinario de pretexto.
Venid, Señor, seguid mis pasos leales:
engañad la perfidia de este fiero
execrable enemigo, que tirano
tambien de vuestra sangre está sediento.
Linc. Amigo, ya es bastante, y este brazo...
Erox. ¿Dónde correis, Señor?...
Linc. No, monstruo fiero:
tú no podrás gozar:... ¿adonde corro?
à vengar à mi Padre, al Himenéo,
à mi, la humanidad, los Santos Dioses,
la vulnerada fé, los juramentos,
à la hospitalidad, y à todo quanto
tiene de mas sagrado el Universo,

y que ha ultrajado el barbaro execrable.
Si, tirano: ſi, cruél: ya en mi alma ſiento
toda tu rabia, y la emplearé contigo:
harto la he meneſter: tiembla, perverſo:
teme, palpita, que à imitarte corro.
¡Qué agradable placer! con que contento
en tu vil ſangre bañaré mi brazo,
y arrancando violento de tu pecho
eſe vil corazon, ſolo nacido
para la atróz maldad, te daré fiero
todos los golpes que ordenó tu furia.

Erox. ¿Qué haceis, Señor? dexád tan vano intento.
No os expongais à rieſgo tan ſeguro.
Vos morireis ſin duda. Huíd, os ruego,
para deſpues vengaros. ¿Qué hareis ſolo
en Palacio tan barbaro, y funeſto?
Vueſtros hermanos ya murieron todos.
¿Quién teneis que os ſoſtenga?

Linc. Mi deſpecho:
yo no puedo temer à eſe Tirano,
y contra el vil, y en favor mio tengo
eſta eſpada, y los Dioſes...

Erox. ¡Cielos ſantos!
pero penſad en que terrible rieſgo
os vá à poner vueſtra impetuoſa rabia.

Linc. Erox, no me detengas.

Erox. A lo menos
permitidme, Señor, que os acompañe.

SCENA III.

Hipermeneſtra, Linceo, Erox.

Linc. ¿Qué es lo que veo? ¿Hipermeneſtra (Cielos)
con puñal en la mano acá ſe acerca?
¿viene tambien à deſtrozarme el pecho?
¿quiere juntarme à mis demás hermanos?

Hip. ¿Si eſtará aqui?

Linc. Si, infiel: vé aqui à Linceo:
acaba mis miſerias: inhumana:
vén, quitame la vida.

Hip. Yo la vengo *Arroja el puñal.*
à ſalvar: ¿qué decis? ¡crueles ſoſpechas!
¡qué horrores, Santo Dios! me falta aliento.
Señor, por libertaros de la muerte,
Precipitada.
he engañado à mi Padre, y eſte azero
de ſus manos tomé, porque ſu ſaña,
ſi mi brazo negaba à ſu precepto,
à ſervirſe iba de otro. Amado Eſpoſo,
dexád eſtos lugares al momento,
donde ſolo ſe pienſa en vueſtra ruína.
Yo he podido forzar mi amante pecho
à que prometa vueſtra miſma muerte.
Juzgad ſi en vueſtra vida me intereſo.
Pero huíd, apreſuraos.

Linc. Tierna Eſpoſa:
perdonad un inſtante de recelos
à un corazon perdido en ſus deſgracias.

Hip. Huíd, os digo, Señor: mirád, que fieros
Rapidamente.
deſean vueſtra muerte: aprovechaos
de los ſolos inſtantes, que me dieron
para daros el golpe. A eſte fin ſolo
ſe alejó de aqui el Rey. Hai un ſecreto
camino, que dirije à las murallas.
Partid, Señor: corred, que ya no tengo
mas eſperanza, que en la obſcura noche,
y es ſolo vueſtra fuga el bien que eſpero.

Linc. ¡Qué parta! ¡Santo Cielo! ¿què es, Eſpoſa,
lo que oſais proponer à mi deſpecho?
¿qué deje mi venganza? ¿por qué cauſa
teneis de mi virtud tan mal concepto?
¡pues qué! ¿lleno de horrores, y de anguſtias,
en eſte ſitio barbaro, y ſangriento,
eſtoi oyendo los gemidos triſtes
de mis hermanos, pálidos, y yertos:
me veo deſtrozar en ellos miſmos,

y

y les haré traícion ? ¿me he de ir huyendo ?
no : yo corro à vengarlos.
Hip. ¿A vengarlos ?
¿de quién ?
Linc. ¿De quién ? del vil monſtruo perverſo.
Hip. ¡Ah, barbaro ! ¿quién? ¿vos? ¿contra mi Padre ?
¿qué rabia os enagena ? ¿vos, ſu yerno, mi Eſpoſo? ¡Santo Dios !
Linc. Si, contra él miſmo :
ſobre él caerá de mi furor el peſo,
ò me hago aqui ſu complice. Yo iria
à los miſmos infiernos à ſubſtraherlo
de ſus tormentos barbaros, y atroces,
para ſaciar en él mi ardor acerbo :
dejádme, pues.

Hipermeneſtra poniendoſe à los pies de Linceo, con los brazos tendidos ácia él, quien cae tambien en los brazos de Erox, como rendido del dolor de ſu muger, y de ſu proprio furor.

Hip. ¡Ai Dios! Señor, templaos,
ved mis triſtes anguſtias. Yo me echo
à vueſtros pies, por vos, y por mi padre.

Linceo levantandola.

Linc. ¡Triſte Eſpoſa ! ¿tú tiemblas ? ¡qué tormento !
yá me rindo à tus lagrimas, y miro
temblando las congoxas de tu pecho.
¡pero qué ! ¿eſe aſeſino, eſe tyrano
eſe monſtruo cruél, podrá ſereno
deſtrozar mi familia impunemente ?
No, Eſpoſa, mi furor calmar no puedo.
No le defiendas mas. Dexa à mi rabia...
¿tú me detienes, cruél ?
Hip. ¡Dioſes eternos!...

Linceo con precipitacion, de modo que Hipermeneſtra no pueda interrumpirle.

Linc. Yo lo voi à eſperar : verá mi furia.
¡El pérfido ! ¿abuſar de juramentos
tan ſolemnes, y ſantos ? ¿a la ſombra
de los Altares arrancar violento
la vida à mis hermanos, deſtrozando
los ſantos nudos, que texia él meſmo ?
¿hacer ſervir el Cielo à las aſtucias
de ſu ardid? Y no vengas, defendiendo
los furores del monſtruo, à proponerme
ſu Oraculo, y ſus futiles recelos
en los fieros delitos, que acumula.
El no es credulo, timido, ni necio.
Es malvado, y feróz. El ha nacido
para odiar implacable : para fiero
hacer atrocidades. Sabe el arte
de cometer traíciones. A ſu pecho
conſultó ſolo en ſu barbarie horrible.
El Oraculo falſo fué el pretexto,
y ſu odio pertináz es el motivo.
Hip. No : no penſeis, Señor, que tanto exceſo
de rabia, y de furor quepa en mi Padre.
El Oraculo cruél le dió recelos.
Yo he viſto ſu terror : él no pudiera
diſimular conmigo haſta eſte eſtremo ;
y vos debeis en vueſtro miſmo odio
verle con compaſion. Si : por lo menos
evitarlo, Señor.

Siempre con impetu.

Linc. No, no es poſible :
ſu ſangre ha de correr en el momento,
ò verterſe la mia. Yá la trama
de ſu negra traícion he deſcubierto ;
y todos eſos pérfidos afanes,
que toma por perderme, ſus esfuerzos,
ſus vaſallos, ſus Guardias, nada puede
detener mi furor. Solo los reos
deben temblar.
Hip. ¡Qué es eſto, juſtos Dioſes !

Como fuera sí.

yo no sé adonde eſtoi : yo me enageno.
¿Pues qué? ¿debo eſtár ſiempre en mi miſeria,
temblando de perder con hado adverſo
à un Eſpoſo por mano de mi Padre,

ò por la de un Eſpoſo à un Padre tierno?
¡Santo Dios! ¿quales ſon los enemigos
entre quienes eſtoi? ¡pues qué! ¿mis ruegos
el furor de mi Padre no calmaron,
y tampoco podrán calmar el vueſtro?
¡yo arrieſgaros? ¿perderos? Cielo Santo!
¿pudiera yo vivir? ¿mas vos violento
deſtrozar à mi Padre? ¿yo pudiera
ſeguiros, ni ſufrir que entre mi lecho
ſe puſieſe un Eſpoſo parricida?
pero aqui eſtoi perdiendo mucho tiempo
en calmar vueſtras iras, y me olvido
Mas rapidamente.
que por inſtantes crece vueſtro rieſgo.
Miràd, cruél, à que ſuerte tan tirana
poneis à vueſtra Eſpoſa. Yo me muero,
ſi pereceis por mano de mi Padre;
mas ſi mi Padre eſpira à vueſtro azero,
os renuncio; ni vuelvo mas à veros.
Si luego no partis....

Linc. ¡Qué cruel tormento!
quitame, pues, mi odio, y mis furores,
ya que quieres templar mi enojo fiero.
Vuelveme à mis hermanos, ò procura
ahogar en mi ſus horridos lamentos.

SCENA IV.

Hipermeneſtra, Linceo, Erox, y Egina.

Egin. ¡Ai, Señora! ¡Señor! ¡qué! todavia
eſtais en eſte ſitio? ſalvaos preſto:
no perdais un inſtante.

Hip. Egina mia,
ſalva à lo que idolatro. A Dios, Linceo.

Linc. ¿Separarnos? no, no: vente conmigo
à reſpirar en Cielo mas ſereno.
Tú ſolo huyes de un barbaro tirano,
y ſigues à un Eſpoſo amante, y tierno.

Egin. Yo he viſto al Rey furioſo, è impaciente.
¡ò, Dios, qué horror!

Hip. Será mayor el rieſgo,
ſi vamos los dos juntos. Mui en breve
yo miſma irè à buſcaros: os lo ofrezco.
lo juro por mi fé: id ahora ſolo.
Yo con quedarme aqui nada recelo,
antes podré guardaros las eſpaldas,
y tal vez encontrar podrè los medios
de hacer que ſe retarden en ſeguiros.
A Dios: ¿quereis perderos? huid, Linceo:
ſi, corred, no tardeis: ſi: ya me falta
valor para ſufrir, y yo me muero,
ſi tiemblo mas por vueſtra amable vida.

Linc. Pues bien: yo parto. A tus inſtancias cedo;
y tal vez es mejor, porque mi rabia
fuera inutil aqui contra el perverſo,
y puedo todavia de mi Padre
las Tropas alcanzar. Si: yo me alejo;
pero para volar con todas ellas,
para volver con hados menos fieros,
llevarte, caſtigar un monſtruo odioſo,
y dár venganza à mis hermanos muertos.

SCENA V.

Hipermeneſtra, y Egina.

Hip. ¡Ai, Egina! yo temo que ha ſalido
ya demaſiado tarde. Vete luego,
pues no te obſervan, como à mi, los paſos.
Vè ſi ſe vá. Que Erox lo ſaque preſto;
que lo guie; y ſi es fuerza, que lo arraſtre.
Corre, que ſon precioſos los momentos.

* *
*

SCE-

SCENA VI.

Hip. ¡Ah, Cielo Santo! yo respiro apenas.
Grandes Dioses, velad sobre Linceo.
Tranquilizad mi amor. Haced obscura
esta noche cruél. Con pasos lentos
venga à alumbrar el dia sus peligros.
En estos muros tristes, y funestos,
teatro horrible de furias, y desgracias,
humean todavía, y se están viendo
como victimas tristes, y sangrientas
los destrozados palidos objetos.
Alejád à Danao del peligro.
¡Ai, Linceo querido!... ¡pero Cielos!
si sorprendido por el Rey al paso...
si mirando inundado todo el suelo
de sus hermanos con la triste sangre,
arrebatado de tan fiero objeto,
olvidando mi ruego, y mis temores,
fuera èl mismo à arrojarse en tanto riesgo...
yo me estremezco, ¡ò Dios! ¿el Rey mi Padre
què puede presumir? yo no me atrevo
à buscarle... y aun tiemblo de que venga..
¿mas qué gritos se escuchan à lo lejos?
Si se estará ya haciendo el sacrificio,
que temia mi amor? ¿Dioses, qué es esto?
La vista se me turba; y en mis ojos
siento una niebla, que los va cubriendo...
apenas puedo dár débiles pasos...
mis sentidos se yelan... ¡Santo Cielo!
¿donde estoi?... yo veo... si... una espada...
detente, Rey cruél, Padre violento:
ten compasion de tu infelice hija.
Pero mis gritos son los que funestos
apresuran el golpe. ¡Dioses crueles!
¿qué es lo que viendo estoi? ¡Ai fiel Linceo!
tu sangre corre ya, y à mi me inunda.
Valedme, Santos Dioses. Yo me muero.

Se arroja sobre una silla, y salen Danao, Idas, y Guardias, que traen hachas, y Danao dice desde el fondo del Teatro.

SCENA VII.

Danao, Hipermenestra, y Idas.

Dan. Vamos llegando, amigos, poco à poco.
Yo oigo su voz: ella es, en sus lamentos
conozco que su brazo me ha servido;
pero alli se está inmobil, y recelo,
que su dolor la tenga consternada.
Se acerca à Hipermenestra.
Querida Hipermenestra: hija ¿què es esto?
¿estoi obedecido?

Hipermenestra fuera de sí, quedándose sentada.

Hip. Padre mio:
vos lo veis... no hai remedio... ¡qué violento!
¡qué terrible dolor!... yo me separo...
muger mui desgraciada. Si... yo pierdo
à mi Esposo infeliz... ¡qué feróz rabia!...
¡noche de horror!... ¡Oraculo funesto!
Dan. Anda, hija mia. Deja, Hipermenestra,
ese vano terror, y de tu pecho
no alteres la quietud con tan injusto,
tan tirano, y cruel remordimiento.
Tú me has dado la vida, y el reposo:
me has probado tu fé, tu amor, y zelo.
Si antes me resististe temeraria,
ya no quiero acordarme de todo eso,
porque vuelves à ser mi hija querida,
y yo te vuelvo à amar como primero.

Levanta à Hipermenestra en acto de abrazarla.

Vén , y olvida en el pecho de tu Padre
à ese odioso traydor , à quien has muerto
por orden de los Dioses inmortales.
¡Mas qué ! ¿tù te estremeces en mi seno?
¿estás arrepentida , Hipermenestra,
de haberme libertado de aquel riesgo?
Piensa , hija , solo en que salvaste à un Padre,
y abandonate al gozo , y al contento.

Hip. Señor , estos momentos son terribles :
perdonad à mi llanto. Yo no puedo
detener mi dolor , y mis sollozos
(tiemblo que me descubra) en tan violentos *ap.*
males como me cercan : permitidme
que me vaya à un retiro el mas secreto
à desahogar mis miseros dolores,
y à llorar un destino tan sangriento. *vas.*

Dan. Ahora si que ya gozo mi venganza.
Idas mio , ahora si estoi satisfecho :
mi furia estaba ansiosa de este golpe.
Para que mi placer fuera perfecto,
habia menester , que por la mano
de su muger muriese aquel perverso ;
y esta conformidad de Hipermenestra
con sus demás hermanas , es decreto,
con que el Cielo consagra mis furores.
Pero à mi no me bastan sus lamentos :
para gozar mejor de mi venganza,
y que se sacien mis rencores fieros,
quiero vér por mis ojos el cadaver.

SCENA VIII.

Danao , Idas , y Egisto.

Egist. Señor , traicion, traicion : de saber vengo,
que Linceo se escapa.

Dan. ¿Qué pronuncias?
¿Linceo? ¿quién? ¿Linceo?

Egist. En el momento
Erox lo saca fuera de los muros.

Dan. ¡Ah , barbaro insensato ! ¿qué es lo que he hecho?
¡engaño atróz ! ¡ah, pérfida ! mis iras...
Idas , vente conmigo. Vamos presto
à reparar mi error , porque esta noche
quiero salgan mis Tropas à prenderlo.

ACTO IV.

SCENA I.

Hipermenestra , y Egina.

Hip. ¿En fin , querida Egina , ya ha salido?

Egin. Si, Señora : Linceo ya está en salvo.
Erox logró sacarlo de estos muros,
y por ocultas sendas lo ha guiado.

Hip. ¡Ai , Egina ! yo tiemblo todavia
del furor de mi Padre. Ahora está hablando
colerico à los suyos, y les dice
con formidable voz , con gritos altos :
¡ah! que he sido engañado : que se busque
al infame traydor : su muerte ansio.
El se agita , sediento está de sangre,
y es mayor su furor, mas destemplado,
porque ya la creía derramada,
y que han quedado sus furores vanos.
¿Pero quién sabe , Egina , si ya à esta hora
algunas de esas Tropas de Soldados
que han salido....

Egin. Dexád esos temores...
la obscura noche nos está ayudando.
Yo tambien por mejor asegurarle ,
para engañar al Rey , y que sus pasos
se ignorasen , traté de persuadirle,
que mudase de nombre ; y aun le he dado
fuera de la Ciudad , lejos del riesgo,
noticia de un asilo no lejano,

que

que descubrir no lograrán las Tropas,
y antes que el dia alumbre habrá llegado.

Hip. Ai, amiga, tú dás alguna calma
à mi tormento, à mi ansia, y sobresalto.
Yo lo pierdo; pero él por fin se libra.
Querida Egina, en los funestos casos,
quando infelices somos, nos parece
fortuna superior el menor daño.

Egin. Yo temo solamente por vos misma
à vuestro Padre. ¡Qué! ¿su pecho ayrado
os podrá perdonar este artificio,
que substrahe à su barbaro conato
una victima odiosa? ¿qué le dexa,
habiendo tanta sangre derramado,
sus terrores antiguos, y le quita
el fruto de sus pérfidos engaños?
¡cómo se vá à exhalar su rabia fiera!
¿cómo podreis, Señora, libertaros
de tempestad tan fuerte, ni quien puede
serviros de recurso en este caso?

Hip. Quando salvé à Linceo, de mi Padre
preví todo el furor, todo mi estrago.
Yo le debí engañar. Que él me castigue:
y ahora lo temo menos, pues su brazo
contra mi solamente emplearse puede.

Egin. ¡Ai, Señora! que el Rey se vá acercando
à este mismo parage. Huíd su vista,
que entra furioso.

Hipermenestra, y Egina hacen el ademán de irse, y sale Danao con Guardias, que traen hachas.

SCENA III.

Dan. Vil, detén los pasos.

Egin. ¡O rigór duro!

Dan. Obedecedme, Guardias:
poned cadenas à ese monstruo ingrato.
Y tú, pues que ya buscan à Linceo
A un Guardia.
fuera de las murallas, vé, y en Argos
registra los parages mas ocultos.
Tú corre las orillas del Inaco: *A otro.*
observa los caminos, los pasages
mas rudos, y escondidos: id volando.
De vuestro zelo pende mi reposo:
no tardeis mas: corred precipitados.
Vanse los Guardias.
Pérfida, yo te debo estas mortales
funestas inquietudes: tú has librado
à mi odioso enemigo, y me detestas.
Tú desprecias mis riesgos, mis estragos,
mi colera, mi amor, y los avisos,
que los Dioses me dán: tu pecho ingrato
me niega la obediencia, y no te basta
injuria tan atróz: me has obligado
con tu vil, y ridicula impostura
à ser la mofa, el juego, y el escarnio:
me prometes la sangre, que mis furias
con implacable ardor están deseando:
corres hácia la victima, y es solo
para mejor asegurarle el paso.
Quizá tambien mi muerte has ofrecido
à ese Esposo, por quien me injurias tanto;
y tu rabia feróz me asesinára,
si no tubieras miedo de este brazo.

Hip. ¡Ai, Señor! con discurso tan horrible
me haceis llenar el corazon de espanto.
¿De nosotros tan barbaro delito
podeis imaginar? ¿pensais acaso,
que vuestra hija... que su pecho sea
capáz de una maldad? ¡Dioses sagrados!
vos, Señor, me podeis quitar la vida:
mis alientos están en vuestra mano:
mas dexádme mi gloria...

Dan. ¡Vil! ¡tú gloria!
tu gloria estaba solo en mis mandatos
obedecer rendida, no insolente
en juzgar à tu padre, y condenarlo.

Si la muerte que un padre te ordenaba,
en fuerza de un Oraculo ſagrado,
no era juſta, ſolo él ante los Dioſes
feria reſponſable de eſte cargo.
Tú me has hecho traícion, muger infame:
teme à un padre colerico, y ayrado:
teme, aleve, la pena que merecen
tus perfidos, y viles atentados:
ya te debo mirar como à enemiga.
¡pero qué! ¿quando aqui te eſtán hablando
llenas de furia mis ardientes quexas,
tu tranquila, ſin miedo, ſin eſpanto,
y aun ſin rubor, muy lejos de los juſtos
crueles remordimientos, que tiranos
debieran conturbar tu infame pecho,
ſolo ſabes tratarme con engaños;
pero no arrepentirte?

Hip. ¿Arrepentirme?
¿de qué, Señor? ¿de un hecho tan honrado?
¿de un neceſario ardid, al que vos miſmo
forzaſteis à mi amor para ſalvaros?
¿arrepentirme yo, quando prefiero
à tan negros feroces atentados
una accion tan ſagrada, y religioſa?
¿yo merecer que un dia los eſtraños
con mis crueles hermanas me confundan
en el horror, con que verán ſus manos?
¿qué maldiciendo ſu execrable nombre,
tambien mezclen el mio, y diga Argos:
,, Hipermeneſtra, quando eſtuvo preſa,
,, manchó ſu honor: con animo bizarro
,, ſalvó à Linceo; pero de alli à poco
,, ſe arrepintió, ſu pecho amedrentado?
no lo eſpereis, Señor: en eſte dia,
lleno de tanto horror, y ſobreſalto.
Yo no he ſentido las anguſtias fieras,
que ſon primer tormento de los malos:
mis hermanas ſon ſolo las que deben
de aquellas furias ſer funeſto blanco,
de los remordimientos triſte preſa,
y tener ya ſu pecho deſtrozado.
¿Pueden ellas gozar paz, y repoſo:
ellas, que hicieron ſus infieles brazos,
de ſus Eſpoſos pérfidos verdugos?
¿ellas, en fin, cuya execrable mano
ha cubierto de ſangre el Himenéo,
y à la naturaleza ha horrorizado?
Yo me figuro vér à eſtos Eſpoſos,
que doloridos, pálidos, y ayrados,
por la noche entre ſueños ſe aparecen
à ſu eſpiritu tremulo, y turbado.
Yá las veo eſpantadas levantarſe,
correr deſpavoridas por el quarto,
huyendo de tan funebres objetos;
mas los eſpectros crueles ſanguinarios
las ſiguen à traves de las tinieblas
con aquel puñal miſmo, que ſu brazo
clavó en el ſeno de los infelices.
En quanto à mi, mis unicos quebrantos
ſon el odio de un padre: me atormenta
el vér que excito à mi peſar ſu enfado.
Pero, Señor, ſi vueſtra fiera ſaña
doblára mis cadenas: ſi inhumano
me enviarais al mas barbaro deſtierro,
ò ſi mi muerte hubierais ordenado;
el deſtierro, la muerte, y las cadenas
no me harian temblar; y pues ſalvando
la vida de mi Eſpoſo, he ſatisfecho
de mi honor, y virtud todos los cargos,
el arrepentimiento, ni aun fingido,
nada podrá arrancarme de los labios.

Dan. ¡Qué rebelde! deſpues que temeraria
la pérfida cabeza me has negado
de eſe traydor, te atreves todavia...
no sé quien me detiene.. ¡monſtruo ingrato!
¿te atreves à inſultar à tus hermanas,
que la fé, y el reſpeto mé guardaron?
¿y llena del ardor, que te devora,

te

te vienes con discursos tan osados
à jactar tu virtud, que no es ahora
mas que tu impuro amor, tu amor insano?

Hip. ¿Mi amor? no: no, Señor. En este dia
el honor mis acciones ha reglado.
Si à Linceo no hubiera conocido,
hubiera hecho lo mismo; y no me aplaudo,
ni quiero que por esto me celebren:
debí servir al Himenéo santo.
Mas mis hermanas lo han prostituído;
y si en estos sucesos digno hai algo
de verse con horror, es su barbarie.
Muchas veces al Cielo me he quexado
de que vos impusieseis à mi zelo
tan feroces, y barbaros mandatos:
de parecer culpable à vuestros ojos,
y de que se me hiciese necesario
fingir que iba à saciarme en una sangre,
que à salvar con ardor iba volando.
Tambien me avergonzé de emplear astuta
contra vos un ardid: sentia harto
el poder parecer un solo instante
complice de tan barbaro atentado,
y ayudar à mis miseras hermanas.
Detesto mucho aquel asesinato,
para usar de artificio, y solo puedo
tenerles compasion, no disculparlo.

SCENA IV.

Danao, Hipermenestra, Egina, Idas.

Idas. Se ha buscado, Señor, por todas partes;
mas nuestro empeño hasta ahora ha sido vano.
¿Os lo diré, Señor? Argos murmura
de vér que en este examen los Soldados
violaron los domesticos hogares.
¿Pero quién sabe al fin si por acaso
en los mares que à Egeo morir vieron,
navega fugitivo, y si su Barco
rompe el agua, del viento protegido?
quizá tambien oculto dentro de Argos,
un asilo secreto le sustrahe
de nuestras diligencias al conato;
mas luego que à rayar la Aurora empiece,
será mas facil descubrir sus pasos.
Yá tambien esperamos vuelva presto
alguna de las Tropas de Soldados
que fueron à buscarle.

Dan Pues bien: anda,
está al acecho, vuelve apresurado
à la primer noticia.

SCENA V.

Danao, Hipermenestra, Egina.

Hip ¡Santos Dioses!
sed esta vez à la virtud mas gratos.

Dan. Si, ya lo veo, infiel, tus esperanzas
se aumentan con mi afán, y mi cuydado;
pero, pérfida, tiembla: tiembla, infame,
de insultar à un furor, que vá aumentando.

Hip. Yá empiezo à lisonjearme que Linceo
se libertó... ¿Qué es esto, Cielos Santos?
¿qué es lo que vén mis ojos?

Vé que traen à Linceo encadenado, y empieza à venir el dia.

Linc. ¡Dioses crueles,
qué es lo que viendo estoi? ¡viles malvados,
dónde me haveis trahido?

Hip. Qué, Linceo...
¡Ai, infeliz, qué golpe tan tirano!
¡yo muero de dolor! ¿Querido Esposo?

Linc. ¿Tú entre cadenas? ¡Monstruo desalmado!

¡Tú

Dan. ¿Tú creíſte eſcapar de mis furores,
y que te libraria algun engaño?
Linc. ¿Y tú crees, tigre odioſo, fiera horrible,
que como el tuyo ſea vil mi brazo?
¿qué timido teſtigo de la muerte
de todos mis hermanos, entregados
por tu furor à manos ſanguinarias,
ſolo pensára en huirme de tu mano?
Mi deſignio era ſolo deſtrozarte,
y ya iba preſuroſo à executarlo.
Hipermeneſtra en lagrimas bañada
vino à impedirme, ſe me puſo al paſo,
me detuvo, y ſalvó tu infame vida.
Tú debes à ſus voces, y ſu llanto
el reſplandor del dia de que gozas;
y quando ſu ſocorro te ha librado
de mi venganza cruél, ¿ſon las cadenas,
y la muerte quizá ſerá ſu pago?
Sagrados Dioſes... no, no puedo verla
ſin morir de dolor. ¡Impio tirano!
¿puedes tener furores tan horribles?
¡qué yo fuera à dexarla entre ſus manos!
à mi es à quien con golpes tan furioſos
quiere oprimir el monſtruo. ¡Crueles hados!
¡Hipermeneſtra!... ¡qué terrible premio
à tus virtudes el deſtino ha dado!
Dan. Tú vives todavia: eſa es ſu culpa.
Linc. Vé aqui mi corazon, hiere, tirano:
¿qué te detiene? matame violento;
pero libra à la Eſpoſa que idolatro.
Yo merezco la muerte, porque necio
no te quité la vida, y he dexado
mi Eſpoſa en tu poder. Si: yo queria
deſtrozarte eſe pecho: mi conato
era darte la muerte: ahora que puedes,
contenta tu furor encarnizado.
Matame, hiere, y quita de mis ojos,
quitame eſtos objetos tan amargos,
de una adorada Eſpoſa entre cadenas,
y de un tigre feróz amenazando.
Dan. ¡Cómo me has de pagar, vil inſolente,
eſtos tan atrevidos deſacatos!
Pero no: no le baſta à mi venganza
ſolo un puñal. Tu arrojo temerario
me pretendió matar; y aun aqui miſmo
eſta enorme intencion has confeſado.
Tú confirmando eſtás con eſas furias
el infalible Oraculo ſagrado
que à morir te condena: mi juſticia
un gran exemplo debe à mis Vaſallos
en tu feróz caſtigo, y el ſuplicio
es el que debe terminar tus hados.
¡Ola, Guardia!
Hip. Señor.
Linc. Monſtruo engañoſo,
impoſtor execrable, eſtás deſeando
perſuadir que yo he ſido delinquente;
pero, villano, yo no ſoy tan malo.
Dan. Soldados, que lo lleven.
Hip. Deteneos:
padre, ſi en eſte dia deſgraciado
ſedienta eſtá de ſangre vueſtra ſaña,
aqui teneis la mia en vueſtra mano.
Mirad, Señor: quando Linceo ſupo
la muerte de ſus miſeros hermanos,
lo cegaron ſu pena, y ſus dolores.
Es verdad que lo habia enagenado
ſu rabia vengadora; pero luego
que vió à ſu Eſpoſa derramando llanto,
que oyó ſus ruegos tiernos, y al inſtante
que cerca de morir la vió temblando,
templó ſus iras; y aunque todavia
ſu ardiente corazon eſtaba ayrado,
la palabra me dió de no vengarſe
por otros medios, que por los bizarros
que autoriza la ſuerte de las armas.
De una Eſpoſa el dolor, y el ruego blando
calmaron ſu furór; ¿y el de una hija
no calmará tu corazon ayrado?
A la piedad Linceo fué ſenſible,
y cedió del amor al dulce alhago:
que tambien ceda vueſtra ardiente furia
de la naturaleza à los reclamos.
Dan. Tú la invocas ſin fruto: yá eſtá muda:

ſu

ſu voz no eſcucho. Todos mis mandatos,
mis peligros, de padre el ſanto nombre,
y todo en fin , contigo ha ſido vano.
Vengarme, y caſtigarte es ahora el ſolo
placer que à mis furores ha quedado.
Tú le adoras, y yo le haré dár muerte.
Mas no ſe pierda el tiempo. Ola, Soldados,
haced que ſe prepare en el momento
ſu ſuplicio en las puertas de Palacio:
que ſe doblen las guardias de Linceo.
Llevadlos à priſion , y ſeparadlos.

Linc. A Dios, querida Eſpoſa : ¡ai, Dios! mi muerte
en las manos te dexa del malvado.
¡Qué terrible es mi anguſtia!

Hip. A Dios, Eſpoſo :
mi mano hará que yo ſiga tus hados.

SCENA VI.

Danao, y Idas.

Dan. Idas querido , no perdamos tiempo:
anda , vuela , prepara à mis Vaſallos:
haz que corra el rumor de que queria
Linceo , con ſus complices hermanos,
arrancarme la vida : que mis hijas
inſtruídas de ſu trama me vengaron.
Que ſolo Hipermeneſtra , ſeducida
de ſu amor pór Linceo, habia intentado
conſervarle la vida. Idas querido,
es ſiempre conveniente en eſtos caſos
ſufocar el clamor, ahogar el grito
de la piedad comun. Yá mis agravios
no ſe contentan ſolo con ſu muerte;
y quiero que entre proprios , y entre eſtraños
ſu infame nombre quede envilecido.
Habiendo ya hecho tanto , es neceſario
aventurarlo todo por prudencia,
y la venganza hacer razon de eſtado.

* *
*

ACTO V.

SCENA I.

Idas, y Danao.

Dan. Idas , ¿eſtá ya todo preparado
para el ſuplicio?

Idas. Si , Señor : el Pueblo
ya la hoguera rodea , y quizá ahora
ſube al cadahalſo el miſero Linceo.

Dan. Eſtá bien , Idas mio. Mas no baſta
ſu muerte para mi. Dime, ¿à tu dueño
ſerviſte con lealtad? ¿qué es lo que pueden
producir eſe Oraculo , eſos miedos
que por mi orden en Argos has ſembrado?
¿qué dice? ¿qué diſcurre eſe vil Pueblo?
¿con qué ojos verá el vulgo la venganza
que voi ahora à tomar?

Idas. Señor, mi zelo
derramó en todas partes los rumores
que vos miſmo dictaſteis ; y yo eſpero,
que recojais mui preſto todo el fruto.
Se ha ſabido que Egypto, pretendiendo
la conquiſta de Argos , à ſus hijos
pidió vueſtra cabeza. Vueſtros yernos
ſe dice , que ambicioſos , y encargados
por Egypto de barbaros proyectos,
formaban contra vos terribles tramas ;
y que Linceo , gefe , ò à lo menos
cómplice de una accion tan execrable,
es digno de un caſtigo muy ſevero.
Por otra parte dicen , que los Dioſes
pedian muchas muertes. Que al momento
que una ſangre à los Reyes dá ſoſpechas,
debe verterſe ſin remordimiento ;
y que no derramarla , quando odioſa,
y deteſtable la declara el Cielo,
es querer , exponiendoſe à ſus iras,

ſer

ſer miſero, y culpado à un miſmo tiempo.
Pero algunos, Señor, menos eſclavos
de la ſuperſticion, tienen aliento
para vér à Linceo compaſivos,
condenando, ò dudando del Decreto.

Dan. ¿Y qué me importan, Idas, eſos vanos
temerarios diſcurſos? ſon los menos
los que hablarán aſi. Pero ſon muchos
los eſpiritus falſos, y groſeros,
à los quales ſe engaña facilmente
ſin que al arte le cueſte gran deſvelo:
que ſumergidos ſiempre entre ſu craſa
ſuperſticion eſtúpida, y embueltos
en errores de un torpe fanatiſmo,
forman varios fantaſmas, à que necios
dán nombre de virtudes. Pero, Idas,
todo es ya favorable à mis intentos:
la auſencia de mi hermano, los delitos
con que he manchado el nombre de mis yernos,
y haſta las miſmas voces eſparcidas.
¡Ah¡ ¡qué guſto tan dulce, y tan ſereno
me regozija el alma! Idas, querido,
Linceo eſtá eſpirando: yo lo ſiento
en la agradable plácida alegria,
que llena de delicias à mi pecho.
Yá eſtoi vengado, amigo, y finalmente
ya eſtán cumplidos todos mis deſeos.
Alguno viene aqui con mucha priſa:
quizá ſerá el aviſo de que ha muerto.

SCENA II.

Danao, Idas, y Egiſto.

Dan. ¿Egyſto, al fin ha muerto ya el malvado?

Egiſt. No, Señor: vive aun, y yo aqui vengo
à preveniros, que han dexado oirſe
voces de ſedicion, que...

Dan. ¡Santo Cielo!
¿ſedicion? pues corramos: vamos pronto
à pagar en ſu origen eſte incendio.

Egiſt. Se murmura, Señor: el Pueblo gime,
dudando los delitos de Linceo;
y yo temo por vos los homicidios,
que ſe han hecho eſta noche. Vueſtro fuego,
vueſtra colera activa, los ardientes
amigos de Linceo; y aun mas que eſto,
las cadenas, Señor, de vueſtra hija,
querida, y adorada por extremo.
Yo tiemblo tanto mas, quanto inclinado
es à las ſediciones eſte Pueblo.
En la piedad que mueſtra, ſe le obſerva
un ayre de furor, y de deſpecho.
El rumor de venganza ſe ha dexado
eſcuchar repetido en muchos ecos.
¿Y quién ſabe, Señor, ſi en el cadaalſo
hubiera parecido ya Linceo?...
¿quién ſabe?... Pero en fin, viendo el tumulto,
quiſo el aviſo daros mi fiel zelo.

Dan. Que venga Hipermeneſtra.

Egiſt. ¿Y el ſuplicio,
quereis que en el inſtante?...

Dan. Si: yo quiero,
que muera aquel traydor: ſi, Egiſto, corre:
haz que lo deſpedacen al momento:
que eſe Pueblo lo vea; y que ſu muerte
à eſe oſado rumor imponga freno.
Mas no: mejor ſerá no aventurarnos:
ſu publico caſtigo tiene rieſgo.
Oye, Egyſto: que muera; mas que ſea
dentro de la priſion, y con ſecreto.
Que Argos entienda que yá eſtoi calmado,
y que llame piedad lo que en efecto
es un rencor aſtuto, y disfrazado.
Anda: obedece. Tú, Idas mio, luego
vé à tener mis Eſquadras preparadas:
haz que prontas eſtén, y que ſu eſfuerzo
me defienda las puertas del Palacio.

* *
*

SCENA III.

Danao solo.

Dan. ¿Pues qué, tendrá osadía ese vil Pueblo
de condenar lo que su Rey dispone?
¿y digno solamente de desprecio,
temor querrá infundirme? Mui en breve
sabré yo castigar su atrevimiento,
sus insolentes furias, y su arrojo.
Esclavo dócil de qualquier objeto,
su flaqueza varía: es el acaso
quien lo templa, ò lo irrita; y siempre ciego
en el esfuerzo torpe de sus iras,
solo tiene, tirano de un momento,
accesos de furor, que luego pasan.
Yo queria del pérfido Linceo,
con un golpe politico, y astuto,
autorizar la muerte, disponiendo
que publica se hiciese; mas pues miro,
que compadece su suplicio al Pueblo,
que el traydor muera lejos de sus ojos:
que perezca olvidado. A mis recelos
parece que la victima ya tarda
en arrojar sus ultimos alientos.

SCENA IV.

Danao, Hipermenestra con cadenas.

Hip. Señor, yo vengo à echarme à vuestras plantas.
¿Qué noticia he escuchado? ¿será sueño?
¡qué, Señor! ¿es verdad, que por vuestro orden
se suspende el suplicio? ¿vuestro pecho
mas aplacado ya, no está tan sordo
al clamor de mis miseros lamentos?
¡Qué Dios tan favorable, y tan propicio,
calmando vuestra colera, me ha vuelto
à un tiempo mismo à un Padre, y à un Esposo!
¡Pero qué! vengo aqui por orden vuestro.
¿Estoi à vuestras plantas, y aun ayrado
los ojos apartais de mi con ceño?
Perdonadme, Señor: estoi temblando;
pues quando nos oprime el hado adverso,
con el temor se turba la esperanza.
¿Pero en fin, yá mis males fenecieron?
¿perdonais à mi Esposo?

Dan. ¡Hipermenestra!
¿qué me osa preguntar tu vil afecto?
¡qué yo revoque la sentencia dada!
¡qué suspenda mis golpes! No: no quiero.
Ahora vá à perecer el insolente.

Hip. ¿Ahora vá à perecer? Pues bien: mis ruegos
Despreciad. Que perezca. De vuestra alma
desterrad el voráz remordimiento,
y consumad mis miseros destinos.
Pero vos, que ahora amenazais severo,
por vos mismo temblad. Estais ansioso
de derramar la sangre de Linceo;
pero temed: temed vuestro peligro,
si su muerte ordenais. Aunque estais cierto
de que no tiene apoyo, ni esperanza,
de su destino está pendiente el vuestro.
Temed que comparezca à vista de Argos,
que por él se interesa con afecto.
Temed que todo el Pueblo se amotine.
Yo os lo debo advertir; pero à Linceo
debo mi fé guardar. El es mi Esposo,
y es quanto hai para mi en el Universo.
Vos no sois ya mi Rey: no sois mi Padre.
Vuestras injustas iras han deshecho
vinculos tan sagrados; y si llena
de todas vuestras furias ahora excedo
del respeto debido, sois vos mismo
quien à ello me forzais.

Dan. ¡Divino Cielo!

¿Qué es lo que oigo? ¡què ruído! ¡qué tumulto!...
¡Ah pérfida! eres tú: tus viles fuegos
los que mas armas dán contra tu Padre.
Hip. ¡Quantas desdichas, juſtos Dioſes, temo!

SCENA V.

Danao, Hipermeneſtra, y Idas.

Dan. ¿Eres tú, Idas querido? ¿mis Soldados
has preparado?
Idas. Yá, Señor, los dexo
caminando ácia aqui.
Dan. Haz que ſe abancen
mis guardias, y con ellas vuelve luego.

SCENA VI.

Danao, Hipermeneſtra, Linceo, y Erox ſeguidos del Pueblo.

Linc. Detened un momento vueſtras iras,
amigos: por mi cauſa yo no quiero
que ninguno perezca. Erox, te encargo,
que contengas ſu ardor, y ſus alientos.
El Cielo, al fin, es juſto, Monſtruo horrible:
piadoſo me libró de tus intentos.
Yá me vés libre, y tu furor es vano.
Eſte Pueblo, mirando tus horrendos,
tus feroces, y barbaros delitos,
ſe ha ſublevado lleno de deſpecho:
ha deſtrozado todas mis priſiones,
y te amenaza en tu Palacio meſmo.
Verdugo cruèl de todos mis hermanos,
¿para que nada falte à à tus exceſos,
à mi Eſpoſa tambien tu feróz rabia
la tiene preſa, y de la vida en rieſgo?
Sin detenerme en frivolos baldones,
yo debiera, colerico, y ſangriento,
empezar por vengarme, y deſtrozarte;

Al querer ir ſobre Danao en acto de amenazarlo, Hipermeneſtra tiende los brazos para detenerlo.

Pero aun ella reſpeta el nombre tierno,
que te hace mas infame. Yo la adoro;
pero teme, cruél, tiembla, perverſo,
ſi de mi amor abuſas... ni aun yo miſmo
te puedo reſponder... miro eſe Pueblo
que ha venido trás mi: yo ſolamente
ſuſpender, ò excitar ſus iras puedo.
Hip. ¡Dioſes juſtos!
Linc. Entregame à mi Eſpoſa,
barbaro, ò morirás...
Hip. Detén, Linceo.
Dan. ¡A qué eſtremo me humillan los deſtinos!
defended, Pueblo de Argos, al Rey vueſtro:
contened à eſos pérfidos rebeldes.
Linc. Entregala, te digo.
Hip. ¡Santo Cielo!
¡Ai, Linceo! ¡ai mi Padre! ¿Adonde, ò Dioſes,
os hace tranſportar el furor ciego?
Ved lo que vais à aventurar entrambos
en momentos tan crueles!
Dan. ¡Qué! ¿à mi pecho
imaginas rendir? ¿te liſonjeas
de inſpirarme temor?
Linc. ¿Aun tiene aliento
eſa barbara rabia?
Hip. ¡Dia horrible!
¡ſuerte deſventurada!
Dan. Tus esfuerzos
no teme mi valor.
Linc. ¡Monſtruo inflexible!
ya es eſto demaſiado: Amigos, luego
ſaquemos de ſu mano à Hipermeneſtra:
ayudadme à librarla: tiembla, fiero.
Dan. Tiembla tú miſmo con temor mas juſto:
ò detén la inſolencia de eſe Pueblo,
ò aqui miſmo à tus ojos la doi muerte,

Ame-

Amenaza con el puñal à ſu hija.

Linc. ¿Qué es lo que haces ? Detén el vil azero.
¡Juſtos Cielos ! ¡Eſpoſa idolatrada !
¡qué delito ! ¡què accion!...

Hip. Dexád , Linceo,
que muera al fin : yo causo eſtos horrores.

Linc. ¡Cielos ſantos !

Dan. De nuevo te lo advierto :
teme mis furias : vete de aqui al punto :
con los rebeldes huye à un miſmo tiempo,
ò verás caſtigar ſobre ella miſma
tu rabia , ſu traícion , y à eſe vil Pueblo.

Linc. ¡Dónde eſtoi , infelíz ! Fieles Amigos ,
eſperad : deteneos un momento :
ahora eſtá mi vida en vueſtras manos :
vueſtro miſmo ſocorro eſtoi temiendo :
no deis un paſo mas : ved el terrible
deſpecho en que me miro : ved el fiero
puñal con que amenaza à la que adoro:
toda mi ſangre , amigos , en el pecho
timida ſe congela. ¡Santos Dioſes !
¡qué tenga yo eſta eſpada , y que mi aliento
no ſe pueda vengar ! ¡ah, monſtruo horrible !

SCENA VII.

Danao , Hipermeneſtra , Linceo , Erox , y Egiſto.

Se oye otro nuevo ruido de ſedicion por el lado en que eſtá el Tirano.

Egiſt. Señor , ya eſtá forzado eſte otro pueſto :
no os queda mas recurſo que la fuga :
el Pueblo coronar quiere à Linceo.

Danao ſe vuelve à oír à Egiſto, y ſe deſcuida un poco con Hipermeneſtra : Linceo ſe aprovecha de eſte inſtante , y ſe precipita àcia ella por delante del Teatro : Erox con el Pueblo cruza la guardia del Tirano , y lo deſarma : el Tirano , rechazado por el lado opueſto, le quita ſu eſpada à Egiſto : Erox lo detiene , poniendole la punta de ſu eſpada en el pecho : Hipermeneſtra eſtá en los brazos de Linceo: el Tirano quiere animar à ſus Soldados ; y el Pueblo los pone en fuga.

Linc. Librate, Eſpoſa , de tu cruél tirano.

Dan. Soldados , ayudad à mis esfuerzos:
venid conmigo , y caſtiguémos juntos
à los rebeldes.. pero no hai remedio :
tú has vencido por fin; y yo me mato.

Hip. !Ah, Padre mio ! ¡qué dolor tan fiero !

Dan. Quitate de mis ojos , hija indigna :
vete de aqui , porque tu odioſo aſpecto
eſtá aumentando mi implacable rabia.
Yo queria vengar ſobre mis yernos
las barbaras violencias de mi hermano :
he fingido un Oraculo ſinieſtro ;
y tu , muger infame , con tu llama
eres la impia, que lo eſtás cumpliendo.
¡O , traydores ! ¡ò colera ya inutil !
¡dia horrible ! ¡venganza ſin efecto !
¡deſtino el mas terrible ! vén , Egiſto,
arraſtrame à morir en otro pueſto,
que yo morir creyera muchas veces,
ſi à ſu viſta acabáran mis alientos.

Linc. ¿Adónde vais , Eſpoſa idolatrada ?

Hip. ¡Ai, Linceo ! ya eſpira : yo no puedo
reſiſtir el horror de tantos males,
que cercan inhumanos à mi pecho.

Linc. A lo menos permite , que en un dia ,
que hacen nueſtras deſgracias tan funeſto,
las manos de un Eſpoſo, que te adora,
conſigan enjugar tu llanto tierno.

SCENA VIII.

Danao, Hipermenestra, Linceo, Erox, y Egisto.

Sale Erox seguido de una tropa del Pueblo de Argos.

Erox. Señor, ya todo está en tranquila calma:
los Pueblos os proclaman: de aqui mesmo
podeis oír su voz alvorozada.
Venid, que ya os esperan placenteros:
corresponded à su deseo ardiente:
Argos dice, que digno sois del Cetro,
pues que habeis roto su tirano yugo.

Linc. Erox, ya voi tras ti; pero primero,
dando funebre honor à sus cenizas,
los Manes de los muertos aplaquemos.

F I N.

Barcelona: Por Carlos Gibert y Tutó, Impresor y Librero.